

La plaza de los anillos. Un irrespeto al monumento

William Monge

RESUMEN

Este artículo trata sobre la recién bautizada Plaza de las Artes, más arraigada en la memoria colectiva como Plazoleta de la Soledad. Es un proyecto más del proceso que hace varios años inició el señor Alcalde de la ciudad de San José, en pro de la renovación urbana de la ciudad y que buenos réditos le ha brindado. Lo lamentable no es la buena intención, sino la inadecuada remodelación espacial, ya que en este sitio existen varias estructuras arquitectónicas declaradas patrimonio nacional: el templo de Nuestra Señora de la Soledad y la Casa San Pancracio, sede del ICOMOS de Costa Rica. Resulta común en esta ciudad novicia, que el espacio urbano se bautiza y rebautiza, se modela y remodela, al antojo de quien ostenta el poder. Qué importa la huella arqueológica, la memoria colectiva del ciudadano, el espacio existencial del barrio, lo que interesa es “hacer historia”, “patentar” espacios, inmortalizar nomenclatura.

Palabras clave: espacio urbano, valor simbólico, punto focal, valor histórico arquitectónico.

SUMMARY

This article is about the just baptized “Plaza de las Artes”. It is one of the projects of the process than several years ago. The Major of the city of San Jose started the urban renovation of the city and those good yields has offered. The lamentable thing is not the good intention but the inadequate of space which has been remodelled since there are several architectural structures declared national patrimony existing is this site: Nuestra Señora de La Soledad and Casa San Pancracio, ICOMOS office in Costa Rica. In this new city is common that the urban space is baptized and red baptized, modelled and remodelled to the ill of those who shows the power. What concerns the archaeological track the collective memory of the citizen, the existential space of the district, what interests is “to make history”, to patent spaces to immortalized nomenclature.

Key words: urban space, symbolic value, focal point, architectonic historical value.

En estos días que se construye la Plaza de las Artes, que para nuestra memoria colectiva resultaba ser la Plazoleta de la Soledad, hemos debido salir al paso la arquitecta Ofelia Sanou y quien escribe este manifiesto.

Resulta común en esta ciudad novicia, que el espacio urbano se bautiza y rebautiza, se nombra y renombra, se modela y remodela, al antojo de los políticos. Qué importa la huella arqueológica, la memoria colectiva del ciudadano, el espacio existencial del barrio, lo que interesa es “hacer historia”, “patentar” espacios, inmortalizar nomenclatura.

En veinte años hemos visto crear la “Plaza de la Independencia” frente al Museo de Arte Costarricense, que sin carácter y simbolismo, por sí sola se mimetizó en el perfil serial urbano y hoy resulta ser un espacio invisibilizado. Contra viento y marea se creó la Plaza de la Democracia, que en su momento aplaudimos porque vino a revalorizar el escondido acceso al antiguo Cuartel Bellavista, emulando las buenas intenciones de la Plaza de la Cultura cuando develó la fachada norte del Teatro Nacional. Pero no duró mucho esta gesta urbana, porque un próximo gobierno de turno coloca el monumento a José Figueres, en la plaza que le prestaba las mejores condiciones para el “histrionismo simbólico”. Vaya conjunción de símbolos: una plaza a la democracia que ya no es plaza, un “monumento precarista” al caudillo que abolió el ejército



Al castillo El Moro o Antiguo Palacio Arzobispal, se le construyó una caseta de estacionamiento.



Pulpería en Barrio Luján. La Coca Cola se ha encargado de pintar irrespetuosamente nuestro patrimonio.

y como telón de fondo, especialmente relegado a tercer plano, el Museo Nacional. Claro irrespeto al monumento preponderante, al edificio de mayor abolengo, que cargado de valor simbólico, debió ser por siempre el principal punto focal.

Luego vino la Plaza de las Garantías Sociales, con su escaso aporte urbano. Lo que menos tendrá, será la garantía de no ser rebautizada o remodelada en un próximo gobierno alterno.

En fin, es inevitable que la ciudad crezca y se reacomode, los valores y las costumbres cambian al calor del proceso de globalización cultural que nos envuelve y las funciones que se otorga al espacio urbano, emergen en función del comportamiento social, de los corredores ambientales que propician las nuevas paradas de buses, la renta del suelo y por supuesto, del inevitable determinismo político.

La Plaza de las Artes es un proyecto más del proceso que hace varios años inició el señor Alcalde, en pro de la renovación urbana de la ciudad y que buenos réditos le ha brindado. Lo lamentable no es la buena intención, es la propuesta arquitectónica, ya que en este espacio existen dos estructuras declaradas patrimonio: el templo de la Soledad y la Casa San Pancracio, sede del ICOMOS de Costa Rica. En este mismo conjunto, se mantiene sembrado un árbol de guanacaste, monumento vivo a este emblemático árbol nacional. Con menor jerarquía espacial, pero con pretendido valor simbólico, se encuentran otras dos plazas dentro de la conocida plazoleta: la plaza Artigas, para todos visualmente desconocida, y la plaza dedicada al recordado Carlos Gardel. Con lo que existe juntaríamos un “bazar” de este “collage urbano” de simbolismos históricos.

La propuesta que se está construyendo está por convertirse en un agravio urbano al patrimonio construido que pretende revalorizar. Hago referencia a los gigantescos anillos de metal, propuestos para permanecer perennemente entre la Casa San Pancracio y el *parascenio* del Templo de la Soledad. La competencia formal, volumétrica y simbólica que provocan los anillos, entre dos monumentos arquitectónicos, resulta aberrante.

Destrucción de aceras josefinas con la construcción de la red eléctrica subterránea. Contiguo al Colegio de Señoritas.



Contradice todo principio de revalorización del espacio y reprime la riqueza espacial del conjunto.

Dice la normativa internacional contemplada en las distintas cartas y declaraciones sobre este tema: que el monumento no se circunscribe a la obra arquitectónica aislada, involucra el contexto inmediato y toda intervención espacial, volumétrica o relacional, deberá someterse a la relevancia del monumento preponderante. En este caso, es el templo de la Soledad el punto focal de mayor alcurnia, sobre el cual había que dirigir las relaciones espaciales, la ratificación simbólica, la reverencia de la forma y modelar el espacio, en función de crear un mejor proscenio a las estructuras de valor patrimonial.

Hace tres días en la inauguración del *Café del Paseo*, una cafetería que ICOMOS de Costa Rica inauguró con la misma intención de revitalizar la actividad cultural de esta plaza, el señor Alcalde nos prometió a los vecinos que recibimos sin consulta el proyecto, que quitaría algunos de los anillos. Un gran logro a favor de la Plaza de las Artes y una buena lección a la testarudez, al determinismo arquitectónico y al ego del arquitecto que, a veces, olvida la consulta a la comunidad, la escucha del concejo y el trabajo multidisciplinario.

Sin embargo, mencionaba el señor Alcalde que mantendrán algunos de los anillos en la esquina nordeste, donde a su buen entender no existen estructuras declaradas patrimonio. Ciertamente las casas no están protegidas por la ley mediante la declaratoria de interés patrimonial, pero esto no quita su valor histórico arquitectónico. Cuando se termine el proyecto, quedará exhibido el agravio. En esa esquina de la plaza, se levanta un injustificado muro de retención, que invisibiliza media fachada de estas estructuras patrimoniales, para dar cabida al “histrionismo volumétrico” de los restantes anillos, y clausurar toda posibilidad funcional del espacio, invadiendo la apertura visual y lo que resulta peor: congestionando el espacio urbano.

La Plaza de las Artes debió ser un espacio neutro, que permitiese albergar eventualmente estructuras transitorias y efímeras, exposiciones escultóricas y actividades feriales.



Monumento a José Figueres Ferrer, Plaza de la Democracia.

En esta relación de monumento y contexto, se hace necesaria una mayor rigurosidad del Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural. Recientemente le sucedió al Teatro Nacional situación parecida: se remodela la Plaza de la Cultura y se pintan las bancas verdes. El negro grafito había sido el color por sumisión que se usaba en el mobiliario, partiendo del claro criterio que es el teatro el punto focal preponderante, el monumento por excelencia. Así lo establecía el color original de las rejas, portones y marquesinas. Cuando me corresponde remodelar la Plaza Juan Mora Fernández, me acojo al uso del negro grafito en las bancas y mobiliario. Recientemente, el municipio pinta de color gris claro las bancas metálicas y negro brillante los faroles.

Qué contradicción, qué irrespeto hacia el monumento y qué permisividad en la que vivimos.



**Puente del arquitecto Calatraba en Sevilla.
Habla por sí sola.**